

Kathryn Smith

Aún te llevo en el corazón

Traducción de Anna Turró

Esencia / Planeta

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro, está calificado como **papel ecológico** y ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo
permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados

Título original: *Still in my Heart*
Avon Books, HarperCollins Publishers, 2005 (Nueva York)

© Kathryn Smith, 2005
Publicado por acuerdo con Avon, un sello de HarperCollins Publishers
© por la traducción, Anna Turró, 2007
© Editorial Planeta, S. A., 2009
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

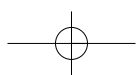
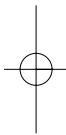
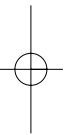
Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño,
División Editorial del Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: © Alan Ayers
Fotografía de la autora: © Brenda Ladd
Primera edición en Colección Booket: septiembre de 2009

Depósito legal: B. 25.369-2009
ISBN: 978-84-08-08778-6
Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Biografía

Kathryn Smith decidió ser escritora de novelas románticas a los diez años. Su primera novela, *Pasión esquiva*, fue publicada por Avon Romance en 2001. Desde entonces ha publicado más de una docena de libros, y ha combinado estilos en obras románticas con un toque paranormal. Se ha convertido en una habitual de las listas de autoras más vendidas del periódico *USA Today*. Además de la citada *Pasión esquiva*, Booket ha publicado también *Por primera vez*, *Una proposición seductora*, *Un juego escandaloso*, *Caer en la tentación*, *De nuevo en tus brazos*, *En la oscuridad* y *Aún te llevo en el corazón*.

Más información en: www.kathryn-smith.com



*Este libro lo dedico a la memoria de mi abuela, Mildred Berry.
Ella nunca dejó de cuidar y amar a mi abuelo hasta el final.
La abuela decía que la vida era un baile, y que a ella le encantaba bailar.
No importaba si no conocía bien todos los pasos, se los inventaba.
No importaba que no tuviera sentido del ritmo, ella seguía su propia música.*

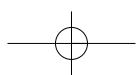
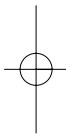
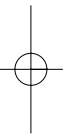
No importaba que hubiera perdido a su pareja de baile hacía más de veinte años, aprendió a bailar sola.

Y, lo que es más importante, la abuela bailaba incluso cuando nadie la estaba mirando, ella vivía según sus propias normas.

Yo tuve la suerte de compartir su pista de baile durante treinta y dos años y, gracias a sus enseñanzas, nunca he tenido miedo a arriesgarme.

Gracias, abuela.

Resérvame un baile.



1



Hace mucho, mucho tiempo...

Brahm estaba borracho.

No borracho de un modo divertido, ni siquiera de un modo remotamente elegante, no, borracho de ese modo en el que el mundo desaparece de tu vista y la cabeza te da vueltas. No había tenido intención de beber tanto; sencillamente se había visto abocado a ello. Un brandy había llevado a otro y luego a otro, hasta que los pies empezaron a pesarle como el plomo y su cuerpo entero había caído en un torpor.

Le gustaba sentirse así.

A pesar de su estado de embriaguez, se acordaba del compromiso que había contraído esa misma mañana. Le había pedido a la bella Eleanor que se casara con él, y ella había aceptado. Lo único que le faltaba era hablar con el padre de ella y, como el conde había sido amigo de su propio padre, seguro que no pondría ningún obstáculo a la unión. Obtendrían una licencia, y Eleanor sería su esposa. Pronto podría besar sus dulces labios, sentir su exuberante cuerpo contra el suyo, y hacerla suya para siempre. Sólo de pensar en ello, temblaba de deseo. Quizá no estaba tan borracho como pensaba.

Bebió otra copa y decidió que ya era hora de dejar la compañía de aquel grupo de hombres que parecían empeñados en que él siguiera bebiendo. Podría quedarse allí toda la noche, emborrachándose. Eso lo hacía sentir libre. Eleanor también lo hacía sentir libre. Y en cambio Eleanor no hacía que a la mañana siguiente le doliera la cabeza.

Con la imagen de ella en la mente, aceleró sus pasos y atravesó los pasillos oscuros de la mansión hasta llegar a su habitación, en el piso de arriba. Las fiestas en el campo siempre eran muy divertidas.

Ya en su habitación, se quitó las botas y tiró la chaqueta al suelo. El chaleco y la camisa siguieron el mismo camino. Tropezó al bajarse los pantalones y cayó sobre la cama con un ebrio «¡Oops!». Acabó de quitarse la molesta prenda y se tumbó desnudo en el lecho para disfrutar de la cálida brisa de verano que entraba por la ventana.

El mundo ya no daba vueltas, pero si cerraba los ojos aún podía disfrutar de esa agradable sensación de mareo. Era como estar en una balsa, navegando suavemente por el lago. Le gustaban los barcos. Le gustaba ese balanceo. Se parecía a lo que la bebida le hacía sentir. Sin miedo, sin inseguridades, sin sueños ni pensamientos. Nada, sólo una dulce oscuridad.

Estaba a punto de desmayarse cuando notó que algo le rozaba la cadera. Los ojos le dolieron al intentar abrirlos. Despacio y contra su voluntad levantó los párpados y vio la borrosa figura de una mujer de pelo rubio encima de él. Sonrió.

—Eleanor.

Incluso su nombre lo calmaba, era el sonido de la serenidad. ¿Qué estaba haciendo ella allí? Ellos aún no habían hecho público su noviazgo. Si alguien se enteraba de que Eleanor estaba en su habitación, la reputación de la muchacha quedaría hecha pedazos, y él no quería que su matrimonio empezara entre dudas y rumores.

—No deberías estar aquí.

—Chis —contestó ella a la vez que se sentaba sobre sus rodillas y acariciaba su creciente erección hasta que él arqueó la espalda de placer. Luego rodeó su miembro con los labios y Brahm ya no pudo contener sus gemidos.

¿Dónde habría aprendido una virgen inexperta esas técnicas? Si hubiera estado sobrio, seguro que habría pensado más en todo eso. Si hubiera estado sobrio, habría mirado mejor a la mujer que tenía arrodillada entre las piernas con su miembro entre los labios. Pero no estaba sobrio, y no hizo ninguna de las dos cosas.

Más tarde, cuando él la penetró, creyó oír gritar a alguien detrás de él, pero estaba demasiado ocupado con las sinuosas caderas de Eleanor y los suspiros que ella soltaba al recibirlo en su cálido y húmedo cuerpo. Ninguna barrera se interpuso a su posesión, un detalle que debería haberle inquietado, pero no lo hizo. En ese instante no le preocupaba si era virgen o no. Lo único que le preocupaba era que ella le pertenecía.

La maravillosa e increíble Eleanor por fin era suya.

Londres, septiembre 1819

—¿No estarás pensando en serio en aceptar la invitación de Burrough? —le preguntó Wynthrope incrédulo y vagamente despectivo.

Brahm Ryland miró a su hermano por encima de la invitación. Ya hacía seis meses que él y Wynthrope se relacionaban con normalidad, pero aún sabía cómo irritarlo.

—De hecho —contestó él, seco—, eso es precisamente lo que tengo intención de hacer.

Wynthrope levantó las cejas de tal modo que sin palabras le dijo lo que pensaba de su decisión.

—¿Estás borracho?

Si eso se lo hubiera preguntado cualquier otra persona, se habría sentido muy insultado, pero Brahm sabía que, si quería, su hermano podía llegar a ser mucho más irritante y despiadado. Se

recostó en la silla y levantó las piernas para apoyarlas encima de la mesa que tenía enfrente.

—Estoy tan sobrio como la tía Jane.

Su hermano parpadeó.

—La tía Jane lleva muerta veinte años.

Brahm sonrió con condescendencia.

—Entonces seguro que llevará muchos años sin beber.

—Antes de morir, se emborrachaba cada día. Excepto los domingos, por supuesto.

—Por supuesto.

Brahm cerró los ojos y suspiró. ¿Estaba su hermano provocándole adrede o es que Wynthrope era verdaderamente estúpido? Habían estado tantos años alejados el uno del otro que ahora que habían logrado recuperar su relación como hermanos a veces no lo entendía. A menudo no sabía que pensar de él. Lo quería, a ratos incluso le caía bien, pero la mayor parte del tiempo creía que Wynthrope era como el viento; lo único que era constante en él era su inconstancia. Al menos, no era constante con Brahm. Ni tampoco con sus otros hermanos. Brahm no podía hablar por boca de Moira, la esposa de Wynthrope, aunque a juzgar por la sonrisa que siempre lucía en los labios, como mínimo era un buen marido.

Esa mañana, Brahm no tenía la paciencia para mantener un duelo de ingenio con Wynthrope. La invitación del conde de Burrough había llegado como un huésped inesperado; no necesariamente deseado pero tampoco mal recibido. Y, por encima de todo, había sido una gran sorpresa. ¿Por qué iba Burrough a invitarle a él precisamente? Seguro que el hombre no habría olvidado lo que Brahm hizo la última vez que estuvo en su casa.

Aunque el propio Brahm no recordaba con exactitud lo que en realidad había pasado; hacía ya más de diez años de aquello. Lo

único que sabía era que él creía estar en la cama con Eleanor, pero por la mañana era su hermana la que estaba junto a él. Por supuesto, Eleanor rompió el compromiso. Se negó incluso a hablar con él, y su padre, lord Burrough lo echó de su casa sin contemplaciones. Pero al parecer, lo único que sabía Burrough era que Brahm le había roto el corazón a una de sus hijas, no que se hubiese acostado con otra para hacerlo.

Los días siguientes eran sólo una neblina; los había pasado bebiendo para tratar de olvidar la cara de Eleanor. Creía que lo había logrado, hasta que al cabo de unos años la vio en el baile que ofrecieron lord y lady Pennington. La vio bailar con todos los pipiols mientras se iba bebiendo una copa de aquel asqueroso champán tras otra. Un instante estaba sintiendo los celos más horribles de su vida, y quería que Eleanor fuese consciente de la presencia de él aunque fuera un segundo, y al siguiente estaba de pie frente a la ponchera, utilizándola como urinario.

A pesar del aturdimiento que le había producido el alcohol, pudo darse cuenta, sin ningún género de dudas, de la horrorizada cara de Eleanor. No podía negar que en ese momento, ella había sido dolorosamente consciente de la presencia de él en el baile.

—Vas a ir a verla, ¿no es así? —El tono de su hermano era acusador—. Lo que quieres es ver a lady Eleanor.

Sólo con oír su nombre el corazón de Brahm latía descontrolado.

«Eleanor.» Ahora ya tenía más de treinta años y muchos la consideraban una solterona. Una chica por la que se debía sentir lástima y sobre la que todos aún hablaban a escondidas. Para Brahm, ella era su recuerdo más doloroso, la tenía tan grabada en su mente que sólo con cerrar los ojos su cara era lo primero que veía. Desde que había dejado de beber, ella había ido ocupando cada vez más todos y cada uno de sus pensamientos. Soñaba con ella,

pensaba en ella a cada segundo. Era la única persona ante la que aún no se había disculpado por todo el daño que le había hecho. Se lo debía. Y, a lo mejor, cuando lo hubiese hecho, cuando le hubiera demostrado que era otro hombre, tal vez entonces, ella dejaría de atormentarle.

Y sí, tenía que admitirlo, a lo mejor entonces ella le daba una segunda oportunidad. Dios, era patético y débil, pero eso era lo que de verdad sentía. Él nunca le había pedido a otra mujer que se casara con él, ninguna otra mujer le había hecho sonreír como Eleanor. Habían estado poco tiempo juntos, casi no habían festejado, pero las semanas que pasó a su lado eran de los mejores momentos de toda su vida.

Y de esos momentos no había tenido muchos.

—Tu silencio me lo dice todo —dijo Wynthrope sacándolo de su ensimismamiento—. ¿Te das cuenta de que será como tirarse por un precipicio? ¿Que puedes hacerte mucho daño?

—Sí. —Brahm afirmó con la cabeza y lanzó la invitación hacia su escritorio.

—¿Y aun así tienes intención de ir?

—Prefiero caerme por ese precipicio a seguir caminando a tientas por el borde sin saber cuándo pasará.

—Muy poético —contestó sarcástico su hermano enarcando una ceja.

Su tono no podía haber sido más seco. Brahm se rió.

—No debes tener celos de que yo sepa utilizar la lírica mejor que tú.

—No estoy seguro, pero creo que voy a vomitar —respondió Wynthrope dubitativo.

Ahora Brahm se rió a carcajadas. Tendría que saber que nunca lograría ganar a su hermano en ingenio. Wynthrope tenía una lengua y un sentido del humor letales. Podía dejar a alguien en el más

absoluto ridículo antes de que la otra persona se enterase siquiera de lo que había pasado. Brahm sabía sin ninguna duda que su hermano se burlaba de él... pero parecía tan sincero.

—Supongo que has pensado en lo mal que puede resultar todo, ¿no?

Ah, ésa sí era la genuina franqueza de Wynthrope. Él aún no conocía a su hermano del todo, y Dios sabía que ambos iban a necesitar tiempo y paciencia para hacerse amigos, pero los dos se querían y se preocupaban el uno por el otro. Después de tantos malos entendidos y de tanto resentimiento, a Brahm esa conexión lo llenaba de cariño y satisfacción.

—Por supuesto.

La verdad era que no, que aunque era consciente de ello, no lo había pensado. Él sólo podía pensar en que iba a ver a Eleanor, no en lo que eso pudiera significar para ella. Si la situación fuera al revés, a él no le haría especial gracia volver a ver a la mujer con la que iba a casarse hasta que la había descubierto en la cama de su hermano.

Pero si ella no estuviera dispuesta a verlo, ¿por qué le habría mandado la invitación? Eleanor se ocupaba de todo en casa de su padre; los sirvientes respondían ante ella. Era quien decidía todo lo que acontecía en aquella casa, desde las tareas diarias hasta las grandes fiestas. Tenía que saber que él estaba invitado. Demonios. Ella era quien había mandado las invitaciones. ¿O no?

Wynthrope lo miró con sus indescifrables ojos azules llenos de preocupación.

—Ve con cuidado, hermano.

Era una advertencia en el sentido más amplio de la palabra pero a Brahm se le hizo un nudo en la garganta al percibir el afecto que se escondía tras ella.

—Por supuesto —repitió.

Él siempre iba con cuidado. Por lo menos cuando estaba sobrio. Sólo cometía locuras estando borracho.

Locuras como orinarse en el ponche de una fiesta. Locuras como permitir que su padre, el anterior vizconde, participara en una carrera de carruajes que acabó con su vida y le dejó a él cojo. Y, al parecer, locuras como acostarse con la hermana de su prometida. Expulsó ese pensamiento de su mente. De todas las cosas que recordaba o no haber hecho, herir a Eleanor era la que más le dolía, aparte de la muerte de su padre.

Wynthrope se puso de pie.

—Te dejo pues para que puedas hacer el equipaje.

Brahm miró a su hermano. Wynthrope era tan elegante, tan apuesto y dueño de sí mismo. Durante muchos años había creído que estaba hecho de hielo, pero entonces Wynthrope conoció a Moira, y todo ese hielo se fundió. Brahm sabía, aunque su hermano nunca lo reconocería, que Wynthrope era mucho más profundo y sensible de lo que aparentaba.

—Estaré bien, Wyn —se oyó decir a sí mismo para tratar de tranquilizar a su hermano.

—Si tienes algún problema —dijo él clavándolo en la silla sólo con la mirada—, cualquier problema, manda a alguien a buscarme. Yo acudiré a tu lado en seguida.

A Brahm se le volvió a hacer un nudo en la garganta. Estaba seguro de que Wynthrope se refería a la bebida.

—Lo haré. Gracias.

Wynthrope se limitó a afirmar con la cabeza y se fue. Después de la partida de su hermano, Brahm siguió sentado a su escritorio durante mucho rato, mirando el retrato de su padre que colgaba encima de la chimenea.

De todos los hijos del vizconde, Brahm era el que más se parecía a él. Sólo él tenía todos sus vicios y, tal vez, algunas de sus vir-

tudes. Tenía su mismo pelo oscuro, la misma nariz y la misma barbilla. Pero en un aspecto era totalmente distinto al hombre que lo había criado. Él nunca, nunca se casaría con una mujer a la que no amara sólo para aumentar el patrimonio familiar y tener un heredero. Él no relegaría al puesto de amante a la mujer que ocupaba su corazón, ni permitiría que ninguno de sus hijos fuera un bastardo, como lo era su hermano North.

No. Brahm se casaría con la mujer que amaba o no se casaría con nadie. Durante años había pensado que lo segundo era mucho más probable. Pero ahora... ahora quizá le estaban dando una segunda oportunidad, y por nada del mundo iba a dejarla escapar. Iba a aceptar esa invitación. Iría a casa de Burrough y se enfrentaría cara a cara con Eleanor. Haría todo lo que fuera necesario para que ella lo escuchara, no pararía hasta disculparse ante ella, hasta que ella se diera cuenta de lo mucho que había cambiado. Y esperaba lograr que al menos cambiara de opinión sobre él. Más allá de eso, no se atrevía a esperar nada. No se atrevía a pensar en cómo reaccionaría al verlo, ni en si volverían a sentirse atraídos el uno por el otro.

Lo único que deseaba era que su antigua prometida se diera cuenta de lo muy distinto que él era ahora. Y si no lograba que ella cambiara la opinión que tenía de él, pues bueno, a lo mejor, entonces, él podría enterrarla en su pasado. Tal vez podría dejar de pensar en lo que habría podido ser y se resignaría a aceptar la realidad. Ella era la única persona a la que aún no había pedido perdón. Después de hacerlo, su vida podría volver a empezar desde cero.

Sí, su futuro, su vida entera, dependía completamente de que Eleanor Durbane le perdonara. Si aún bebiera, ese pensamiento lo serenaría de golpe.

¿Cómo sería ella ahora? En las pocas ocasiones en que la había visto, se había dado cuenta de que, aunque aparentemente

seguía igual, su belleza le detenía el corazón aún más que antes. Ella no se había casado. ¿Estaba amargada? ¿La habría afectado de tal modo su comportamiento que no quería saber nada más de los hombres? Aunque por mucho que lo intentara, nunca se sentiría culpable de eso. ¿Cómo reaccionaría él al verla después de tantos años? ¿Le seguiría dando un vuelco el corazón sólo por estar a su lado? ¿Seguiría queriendo hacer cualquier cosa que ella le pidiera?

Pero lo más importante, necesitaba saber cuál sería la reacción de ella al verlo. ¿Se alegraría? ¿O querría su cabeza en una bandeja de plata?

Lo más probable era que ninguna de las dos cosas.

—Debo de estar completamente loca.

En el otro extremo del salón su hermana Arabella apartó la vista de su bordado.

—¿Decías algo, querida?

Dios, no había hablado en voz alta, ¿no? Eleanor se sonrojó y miró a su hermana.

—Nada, Belle. Me he pinchado.

Eso era una gran mentira. Hacía más de media hora que no tocaba ni un hilo de su bordado. No era que no le gustara coser, la verdad era que hacerlo le encantaba. Había completado muchas piezas, y todas le habían aportado placer y serenidad. A veces, los días se hacían tan largos que necesitaba algo para pasar las horas, algo en que ocupar las manos.

Pero nada conseguía que dejara de pensar que ya había cumplido treinta y dos años y estaba a punto de convertirse en una solterona. Y, cuando se daba cuenta de que la soltería la estaba atrayendo, necesitaba algo que la distrajera del hecho de que, si aquella

noche hubiese sido ella la que se hubiese acostado con Brahm, ahora podría ser lady Creed...

No, no iba a recordar esa horrible noche. No mientras Arabella estuviera con ella. Porque Arabella no sabía que el único hombre con el que ella se había planteado casarse se había acostado con Lydia, su otra hermana. De hecho, según había constatado Eleanor, ni siquiera Lydia sabía que ella la había visto en la cama con Brahm. Lydia nunca habría hecho lo que hizo, ¡y vaya si lo hizo!, si hubiera sabido que Brahm se había declarado a Eleanor. ¿Qué hermana sería capaz de algo así?

A veces, Eleanor deseaba que su hermana le hubiera contado lo que pasó. Eso le habría hecho más fácil perdonarla, haría que fuese más fácil vivir con el resentimiento que sentía. Pero Lydia nunca había dicho nada, ni una palabra.

Y, si era sincera, Eleanor a menudo se preguntaba si a su hermana siquiera le había importado. ¿Dudaría alguna vez sobre si Eleanor sabía lo que había pasado entre ella y Brahm? ¿Solía Lydia engañar a su marido, o Brahm había seducido a una fiel esposa?

Ella ya sabía que Brahm Ryland no tenía que molestarse en intentar seducir a nadie. Las mujeres solían revolotear a su alrededor como moscas. Incluso ahora, con su dañada reputación, no le faltaba compañía femenina.

Bueno, era evidente que en Inglaterra había muchas mujeres escasas de moral y buen gusto.

—¿Ellie?

Eleanor levantó la cabeza. Arabella la miraba con cara de preocupación.

—¿Qué es lo que te tiene tan distraída?

Eleanor fingió sorprenderse y se rió. La risa sonó falsa y forzada incluso a sus propios oídos.

—¿Distraída? ¿Por qué piensas que estoy distraída?

Arabella sonrió al ver cómo el bordado que Eleanor tenía en el regazo se caía al suelo.

—Porque llevas minutos con la mirada fija en el infinito.

Eleanor se dio cuenta de que no podía disimular. Arabella era la única que se preocupaba por ella. Lydia y sus otras hermanas, Muriel y Phoebe, estaban demasiado ocupadas con sus vidas como para pensar en las de los demás. Arabella era distinta. Arabella era feliz con su marido y con sus circunstancias. Las otras, incluida Eleanor, a menudo se ensimismaban con sus problemas y no se interesaban por nadie más que por sí mismas.

Eleanor tenía que asumir su parte de culpa en todo eso. Después de la muerte de su madre, ella había criado a sus cuatro hermanas. Si sus vidas las decepcionaban, ¿no tenía ella alguna responsabilidad?

—¿Qué? —insistió Arabella al ver que Eleanor seguía en silencio—. ¿Qué es lo que te tiene tan preocupada? ¿Es por la fiesta de papá?

Por desgracia, Arabella tenía una especial habilidad para percibir las cosas que uno más quería ocultar.

—Sí —suspiró Eleanor. Recogió el bordado y lo guardó en la cesta de costura que tenía a sus pies—. Está empeñado en casarme.

Su hermana sonrió con paciencia. Miró su tela y clavó la aguja.

—No parece que la idea te haga especialmente feliz.

En absoluto. Sólo había aceptado porque su padre estaba enfermo y no quería preocuparlo.

—No necesito que me ayude a buscar marido.

—Nunca sales de casa. —Arabella se encogió de hombros—. Es obvio que, si no sales a buscar marido, él tenga que traértelo aquí.

—¡Sí salgo de casa! —protestó Eleanor, aunque sabía que algo de verdad había en aquello. Ella no salía demasiado a menudo. Iba

a misa el domingo por la mañana y, de vez en cuando, al pueblo a comprar telas o hilos. Sólo iba a Londres para la temporada de bailes. E, incluso entonces no tenía demasiada vida social, con sus hermanas casadas no había ninguna necesidad.

La verdad era que no solía salir por Londres por miedo a encontrarse con Brahm, quien se estaba convirtiendo en la estrella de la sociedad. Su reputación ya no era tan negra, sino más bien gris. Algunas anfitrionas lo consideraban incluso fascinante, y verlo era mucho más de lo que el corazón de Eleanor podía soportar.

—Papá ha invitado a muchos caballeros, Belle. —No pudo evitar sonar tensa—. Todo el mundo se dará cuenta de lo que pretende. Todos nuestros invitados sabrán que intenta venderme como si fuera una vaca en el mercado.

—¿Cómo puedes decir algo tan horrible sobre papá? —Arabella frunció el cejo con fuerza—. ¡Él no intenta venderte a nadie! Lo único que quiere es saber que alguien cuidará de ti cuando él muera.

¿Cómo podía su hermana hablar de esa manera de la muerte de su padre? Quizá fuera porque Eleanor había pasado más tiempo con él. Tras la muerte de su madre, había dependido tanto de ella que, sólo la idea de perderlo, le ponía un nudo en la garganta.

—Yo cuidaré de mí misma. —Se negaba a sentirse culpable—. Con mi herencia, nunca me faltará de nada. (Era mejor llamarlo «herencia» que no «dote no utilizada».)

—No es lo mismo —la riñó su hermana—. Una dama necesita que un caballero cuide de ella, compartir su vida con él. El deber de una mujer es darle hijos y hacer compañía a su marido.

Eleanor se quedó mirándola. Arabella de verdad creía aquello, y lo que era más importante, Arabella lo vivía. Eso era lo que ella quería y lo que tenía con su marido. Estaban esperando su primer hijo, y eran una de las parejas más felices que Eleanor conocía.

Rara vez discutían y, cuando lo hacían, los dos se quedaban completamente destrozados. Eran compañeros, lo que era una excepción entre los de su clase social.

Dios, Eleanor envidiaba a su hermana. Aunque a menudo no la entendía, en el fondo sentía envidia. A lo mejor, Arabella era distinta porque sólo era dos años menor que Eleanor. Aún se acordaba de su madre, no como sus otras tres hermanas. Eleanor tenía doce años cuando su madre falleció. Arabella diez, Lydia siete, Phoebe cuatro y Muriel apenas uno. Arabella había llegado a disfrutar de su madre, incluso se le parecía.

Caroline Durban había sido una mujer encantadora, de ojos azules y melena rubia. Sólo Arabella era tan delicada y dulce como ella. Las demás tenían el pelo más oscuro. Eleanor y Lydia tenían el mismo tono de rubio oscuro con algunos mechones más claros. Phoebe era castaña, y Muriel tenía el cabello color miel.

Pero ¿por qué estaba pensando en sus hermanas cuando debería estar buscando el modo de salir del lío en que su padre la había metido?

Ella había aceptado organizar esa fiesta porque él así lo había querido, y la verdad es que estaba aterrorizada ante la idea de su muerte. Caminaría descalza hasta Londres si supiera que eso lo iba a mantener a su lado durante más tiempo. Era curioso que, a pesar de que a menudo la agobiaba, no podía soportar la idea de que muriese.

Todo había ido bien hasta que se enteró de que había invitado a un montón de caballeros solteros. Durante el próximo mes, la casa estaría llena de solteros con el único propósito de que uno se le declarase a Eleanor y ésta, por supuesto, lo aceptara.

Como una subasta al mejor postor.

Ella se había hecho cargo de la casa a una edad en que la mayoría de las jovencitas sólo piensan en enamorarse de sus profesores

de baile. Había criado a sus hermanas, aunque quizá no hubiera hecho un gran trabajo, y se había ocupado de su padre. ¿De dónde había sacado la idea, precisamente su padre, de que necesitaba un marido que la cuidara?

Ella no necesitaba a nadie. Sí, a lo mejor estaría bien tener a alguien en quien pudiera apoyarse, pero eso no implicaba que *necesitara* un marido. Sólo significaba que necesitaba... alguien en quien apoyarse.

Y lo que era seguro, era que no necesitaba como marido a ninguno de los candidatos de la lista de su padre. Sólo Dios sabía qué tipo de hombres habría escogido. Él fue quien eligió a Brahm Ryland hacía años, y ya se veía lo que había pasado.

—¿Me estás escuchando?

—Discúlpame, Arabella. —Eleanor miró a su hermana avergonzada.

—Haces bien en disculparte —la riñó ésta—. No has escuchado nada de lo que te he dicho.

—Te he escuchado. Una mujer necesita que un hombre la cuide. Un hombre necesita a una mujer que le haga compañía.

—¿Y? —Arabella arqueó una ceja.

—El deber de una esposa es dar hijos a su marido.

—¿Y?

¿Había algo más? Oh, Dios.

—Hum.

Arabella esperó pacientemente, sin importarle el sufrimiento de Eleanor.

—Está bien —confesó Eleanor. A veces su hermana sabía ser cruel—. No te estaba escuchando.

Arabella sonrió satisfecha, otro hecho que pasó inadvertido a Eleanor, pues seguía intentando que su tambor de bordado no se cayera de sus rodillas.

—He dicho que papá sólo quiere que seas feliz, y tú no deberías creer lo contrario. Sabes que él nunca te forzaría a casarte con alguien a quien no quieras.

Eso era cierto. Ninguna de sus hermanas se había visto forzada al matrimonio, y Eleanor sabía que ella no iba a ser diferente. Después de todo, su padre le había permitido rechazar a Brahm, y eso que él había sido su candidato preferido.

Por otra parte, algo se podía decir respecto a que su padre hubiese permitido a sus hijas elegir por sí mismas: dos de sus hermanas eran totalmente infelices con los maridos que habían escogido ellas solas, y Muriel, que acababa de casarse, parecía seguir el mismo camino. Ése no había sido en cambio el caso de Arabella. La noche en que Henry se le declaró, le pidió consejo a Eleanor, y ella se lo dio encantada y la felicitó de todo corazón.

—Ya sé que nadie va a obligarme, Belle —suspiró—. Era todo tan confuso—. Es sólo que es muy embarazoso. La gente hablará de ello, tú lo sabes.

—Lo sé —asintió su hermana, y dio otra puntada—. Por eso le he pedido a papá que también invite a otras damas que aún no están casadas.

—¿Tú has hecho eso? —Eleanor no podía creer lo que estaba oyendo—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Le dije que si tenías competencia —sonrió Arabella—, te esforzarías más en ello.

Eleanor no pudo controlar la risa.

—¡Oh, Belle! Gracias.

Su hermana respondió con un gesto.

—Creí que así te sentirías menos presionada. He visto que esta mañana ya han llegado algunos invitados. ¿Algún soltero entre ellos?

—Lord y lady Boothe. —Eleanor negó con la cabeza—. Ya

sabes que les gusta llegar temprano. Y algunas otras familias, para poder instalarse con más calma. —Desvió la mirada hacia el reloj—. Supongo que los otros empezarán a llegar pronto. Esta tarde y noche van a ser las más ajetreadas.

—¿Papá confía en que tú recibas a todos los invitados? —Dio otra puntada.

Eleanor se lo confirmó. Ella solía encargarse de eso, pero no creía tener suficiente compostura como para dar la bienvenida a todos aquellos caballeros, por no hablar de las miradas que le dirigirían las damas también invitadas.

—Muriel y Phoebe se han ofrecido a hacerlo durante el rato que sea necesario.

El único motivo por el que sus hermanas se habían presentado voluntarias era para poder ser las primeras en enterarse de todo.

—Bien. Si no te ven hasta la hora de la cena crearás más expectación.

¿Expectación? ¿Ella? Eleanor se habría echado a reír de no haber estado ya sonriendo. Ella no era para nada fea, pero todos sabían que era la menos espectacular de las hermanas. Era demasiado alta, y su boca a menudo le hacía pensar en el pico de un pato. Su labio superior era más ancho y más relleno que el inferior, y parecía que siempre estuviera a punto de sonreír... o de hacer «cua cua».

¿Por qué iba nadie a estar ansioso de ver a una solterona? Ya hacía tiempo que a ella se le había pasado la edad. Nunca podría tener tantos niños como una chica de veinte años, y lo único que la hacía atractiva era su fortuna, y quizá su virginidad, si eso era considerado un premio. A esas alturas ese pobre trofeo estaría ya lleno de polvo.

Tan pronto como se le ocurrió esa absurda idea supo que corría peligro de volverse loca.

—No puedo hacerlo —exclamó, y empezó a caminar arriba y abajo—. No puedo seguir con esto. Y no lo digo porque sea humillante, sino porque ¿qué pasará si uno de ellos de verdad quiere casarse conmigo?

Eso aún no se lo había planteado. Dios, ¿qué haría si ella seguía el juego de su padre y alguien se le declaraba? O peor aún, ¿si sucedía lo impensable y algún caballero abrigaba sentimientos amorosos hacia ella? Sería demasiado cruel por su parte.

—¿Y si eres tú quien quiere casarse con uno de ellos? —preguntó su hermana levantando la vista de la costura.

Eso no podía pasar de ningún modo. Sencillamente era imposible. ¿O quizá no?

Cómo deseaba que la fiesta ya hubiera llegado a su fin. Ella había aceptado sólo para complacer los deseos de su padre enfermo, pero ¿cuánto más se esperaba de ella? ¿Acaso todo podía ir a peor?

—Oh, Dios mío. —Muriel, la hermana de Eleanor, entró en la habitación de golpe y cerró la puerta tras ella como si algo horrible estuviera persiguiéndola. Tenía los ojos azules abiertos de par en par y las mejillas coloradas. Muriel era aún lo suficientemente joven como para reaccionar de manera exagerada ante casi todas las cosas.

—¿Qué pasa? —preguntó Arabella cubriéndose el pecho con ambas manos. Al parecer, la vena teatral era una característica de la familia.

Eleanor se habría reído de la reacción de Arabella si Muriel no hubiera parecido de verdad alterada.

—¿Sí, Muriel? —intervino ella, confiando en que su tono de voz impulsara a su hermana a responder—. ¿Qué pasa?

La mirada sorprendida de Muriel se clavó en la suya.

—El vizconde Creed acaba de llegar.

El corazón de Eleanor empezó a latir descontrolado. ¿El vizconde Creed?

Brahm.

En aquellos momentos estaba convencida de que las cosas no podían empeorar.